

REFLEXIÓN, DIALOGO Y CONCIENTIZACION EN GRUPOS DE PERSONAS CON DEFICIENCIA MENTAL

Es francamente difícil encontrar —hoy en día— algún documento acerca de políticas o programas relativos a algún tipo de marginación, en el que no se resalte que el protagonismo del propio colectivo marginado es fundamental para su proceso de integración.

Esto se dice normalmente desde profesionales o entidades que intervienen con sus programas y que en muchos casos no llevan a la práctica ese principio. La contradicción se salva —habitualmente— aludiendo al peso inexorable de las instituciones en las que nos encontramos, el cual apenas nos permite —se dice— superar el mero asistencialismo.

Sin embargo existe un colectivo al que —en ocasiones— ni siquiera en teoría se le reconoce la posibilidad de protagonizar su propio proceso de emancipación, dejando ese protagonismo en manos de los profesionales y familiares: me refiero a las personas con deficiencia mental.

"Su caso es distinto", oímos reiteradamente y no precisamente por parte de personas alejadas del mundo de la marginación o las minusvalías. Incluso desde otros colectivos marginados parece haber un cierto afán por marcar esa diferencia.

Parece ser que se cifran como fundamentales para ese proceso de superación de la marginación capacidades de las que la persona con deficiencia mental carece, y que —por lo tanto— este colectivo supone una excepción en lo relativo al principio antes citado.

Lo que se niega a la persona con deficiencia mental es la capacidad de tomar

conciencia de su problema, de comprender y poder explicar las causas de su situación, por carecer del instrumento necesario para ello (eso que se llama inteligencia).

Desde este punto de vista el colectivo de las personas con deficiencia mental sería la excepción que confirma la regla enunciada por todos los progresistas de que el colectivo marginado es quien posee en su seno la capacidad de emanciparse o lograr su integración social.

Planteadas así las cosas la pretensión de este artículo sería doble: por una parte, insistir de manera lo más razonada posible en la importancia real y práctica del principio del protagonismo de las personas marginadas en su proceso de integración o emancipación y, por otra, intentar defender la hipótesis de que ello no es distinto en el caso de las personas con deficiencia mental, presentando como soporte una experiencia concreta.

El tema es vidrioso y la intención del artículo no es ni con mucho la de zanjarlo. Carecemos de los conocimientos y la documentación pertinentes para ello. Valga simplemente como una aportación para pensar y concebir horizontes quizá poco explorados.

LA REFLEXIÓN. EL DIALOGO Y LA TOMA DE CONCIENCIA COMO ELEMENTOS CLAVE DEL PROCESO VITAL DE CUALQUIER PERSONA

Partimos de la base de que lo que se le niega a la persona con deficiencia mental es la capacidad de llegar a tomar con-

ciencia de cuál es su problemática, y al ser esto así la posibilidad de poner medios para darle una respuesta. Parece que a la persona con deficiencia mental "no le cabe en la cabeza" una concepción cabal de su situación y, por lo tanto, le falta la piedra angular para comenzar a dar los pasos que requeriría su superación.

Sin duda que la toma de conciencia sobre la propia persona y vida es hecho constante y fundamental para que podamos considerar la vida de una persona, plenamente humana y libre. Lo característico del proceso vital de la persona humana es que en su intercambio material y social con el medio sufre o goza de experiencias que provocan una reflexión en su campo de conciencia.

A partir de nuestras experiencias vitales constantes, y en constante diálogo con el medio social vamos poblando nuestra conciencia de los conceptos, de las significaciones que nos son útiles para entender la realidad que nos rodea y para entendernos a nosotros mismos.

El autoconcepto o concepto de sí mismo se revela como parte fundamental de esa conciencia y reúne los conceptos que nos hemos ido forjando sobre nosotros mismos. Desde él leeremos lo que nos ocurra. Estará siempre en tensión constante con nuestros sentimientos y comportamientos.

Queremos dejar sentado, pues, que el desarrollo de la persona está nucleado por la construcción de su propia identidad, que en este proceso es fundamental la relación con el medio social y que en él está comprometida la persona entera (pensamiento, afectividad y comportamiento).

Para ese proceso resultan capitales los diferentes escenarios en los que se va desarrollando nuestra vida (familia, barrio, escuela, trabajo, etc.) y los diferentes roles que en ellos vamos desempeñando. Esos roles nos van construyendo, van conformando nuestro mundo de significaciones, sentimientos, comportamientos, etc.

Y como elemento dinamizador y personalizador de ese proceso está la capacidad reflexiva y dialógica de la persona, que le permite someter a crítica las significaciones que se le aportan en los diferentes escenarios y construir personal y colectivamente "discursos" alternativos, que supongan lecturas distintas de la realidad y la

experiencia y fundamenten acciones de cambio.

LA PERSONA CON DEFICIENCIA MENTAL

Nuestra hipótesis es que el proceso que hemos descrito no sólo se da en el caso de las personas con deficiencia mental sino que es justamente la manera en la que se da ese proceso lo que nos permite entender la realidad de los miembros de este colectivo.

Desde nuestro punto de vista la clave explicativa de la realidad de las personas con deficiencia mental es justamente la aportación a la persona por parte de su entorno social de un concepto, que desde el momento en el que es aportado va a filtrar todas las experiencias que va a tener la persona.

Desde nuestro punto de vista la catalogación de alguien como deficiente mental obra como "profecía que se cumple a sí misma". Nada tienen en común los deficientes mentales más que el hecho de que se les etiquetó como tales y las consecuencias que para su persona ha tenido el proceso cotidiano de sometimiento a unas determinadas expectativas desde las personas e instituciones que les han rodeado.

Olvidemos de una vez por todas la concepción tan extendida de la inteligencia como una facultad estática que es poseída, que es mayor o menor. Y reconozcamos que desde el momento en que alguien es etiquetado como deficiente mental se le trata de manera distinta, se le quiere de manera distinta, se le lleva a sitios distintos, se le da a entender que es distinto. ¿Quién puede, después de diez, veinte o treinta años de trabajo de esa "profecía" aventurar qué hubiera sido si las cosas hubieran funcionado de otra manera? ¿Quién puede encontrar eso que llaman la inteligencia y decir que es grande o pequeña?

Todos somos distintos. Todos estamos en relación constante y dinámica con nuestro entorno, y en esa relación vamos desarrollando una serie de capacidades, de manejo de conceptos, de relación social, de desenvolvimiento material. Nuestra dotación y nuestros aprendizajes nos sitúan en mejor o peor posición hipotética respecto del entorno. Sin embargo, el mensaje que se lanza a determinadas personas no tiene en cuenta estas finuras, simplemente se les "dice": "tú no...".

"Tú no puedes pensar, tú no puedes trabajar, tú no puedes estudiar". ¿Y por qué no puede? ¿Porque es deficiente mental? ¿Y por qué es deficiente mental? Porque no puede..." La pescadilla se muerde la cola y la persona no entiende nada. Pero... cómo va a entender, si no puede...

De modo que la clave de la problemática de la persona con deficiencia mental no estriba en una supuesta inteligencia menor que la de los otros sino en las consecuencias que para la globalidad de su persona tiene la adjudicación de una etiqueta. Por debajo de ella existen capacidades de todo tipo, cuyo desarrollo se ve condicionado por la expectativa social —con sus prosaicas materializaciones: segregación— y por la idea más o menos difusa que el sujeto va formándose de sí mismo.

Sí, porque en tanto que persona humana, la persona con deficiencia —y esto es obvio para cualquiera que conozca a personas con deficiencia mental— percibe la realidad, siente y experimenta, adquiere habilidades y construye —mejor o peor— sus conceptos. Y, como decíamos, parte nuclear de ese campo de conciencia subjetiva de la persona es el autoconcepto, autoconcepto que como hemos dicho está presidido por el "tú no...".

La persona con deficiencia puede manejar —sea por problemas de dotación o por falta de oportunidades de aprendizaje— con mayor dificultad los conceptos, lo cual no quiere decir que no operen en él significaciones. Y si alguna opera con mayor fuerza es aquella que se le ha aportado con más insistencia: "tú no..."

Si esto es así, no queda sino preguntarnos por qué no ha de ser posible el proceso inverso, a saber: el de construir en la reflexión y el diálogo a partir de su experiencia los conceptos, las significaciones de una toma de conciencia que podríamos titular como "yo sí..."

Porque la reflexión y el diálogo como base de la toma de conciencia no son procesos que dependan de la posesión de una facultad estática llamada inteligencia. Es obvio que se necesita de unos instrumentos o capacidades para pensar y que —supuesto que esas capacidades puedan medirse— quien tenga esos instrumentos más a punto tendrá facilidades para utilizarlos. Sin embargo el proceso es más complejo y el hecho de que alguien pueda pensar, pensarse y tomar conciencia está condiciona-

do también por otros factores: riqueza del entorno, información que se recibe, sensibilidad para captar sentimientos, y —muy fundamentalmente— el creerse —desde fuera y desde dentro— que puede, que es capaz.

De modo que —aun admitiendo que en la mayoría de las personas con deficiencia mental existe un déficit en el uso de determinadas capacidades relacionadas con el pensar— hemos de decir que esas capacidades existen y que en interacción con otros factores posibilitan procesos de reflexión, diálogo y toma de conciencia. Procesos que además tienen la virtualidad —insustituible— de ser llevados a cabo por la única persona que ha experimentado la problemática en carne propia: la persona con deficiencia.

La reflexión y toma de conciencia serán más o menos finas, complejas o contrastadas, pero son las de la persona que ha experimentado la marginación, y eso les da un valor inigualable. La persona sin deficiencia mental podrá "pensar mejor", pero nunca podrá pensar desde su pellejo, desde su experiencia. Y sólo desde la experiencia es posible construir un discurso que permita cambiar las condiciones que dieron lugar a esa experiencia.

PEROS Y PEGAS

Queden los dos puntos anteriores como intento de apuntalamiento cuasi-filosófico de la posibilidad de reflexión, diálogo y toma de conciencia en las personas con deficiencia mental, sin embargo, acaso nos convenga ir bajando un poco y acercándonos a tierra. Para ello vamos a empezar presentando los "peros" que más habitualmente se ponen a este tipo de procesos. Más allá de la negativa absoluta —cuya base hemos querido desmontar anteriormente— están las pegas, que hemos resumido en tres:

En primer lugar está la de quienes dicen que el hablar sobre su propia realidad resulta doloroso para la persona con deficiencia mental. Quienes esto dicen no niegan que la persona con deficiencia mental pueda ser consciente de su problema, pero sostienen que esta consciencia les hace daño. Cuántas veces hemos oído la frase de que "son más felices los deficientes de nivel bajo porque los límites son más conscientes de su problema y sufren más".

En segundo lugar está el argumento de que sólo algunas personas con defi-

ciencia son capaces de pensar y hablar sobre sus problemas. Se trata —dicen, normalmente sin fundamento empírico alguno— de una minoría. Para acabar de rematar este argumento se suele añadir que si se da a esta minoría la posibilidad de pensar y hablar se contribuye a que se crean superiores y a que se den castas entre las propias personas son deficiencia.

Por último está la acusación de la manipulación. Las personas con deficiencia pueden pensar y hablar, pero —se dice— lo harán siempre tal como se les diga que lo hagan. Es muy fácil manipularlos y conseguir que repitan como loros aquello que nosotros les hemos inculcado.

Tres argumentos para discutir. Pero no lo vamos a hacer ahora. Retengámoslos en la memoria, de modo que —tras la presentación de la experiencia concreta que viene a continuación— podamos desmontarlos con más facilidad.

DESCRIPCIÓN DE LA EXPERIENCIA

La experiencia que voy a relatar ha venido realizándose en los últimos cinco años (y sigue hacia adelante) en el seno de un servicio de tiempo libre para personas con deficiencia mental. A lo largo de las actividades que habíamos venido realizando en muchos momentos habían podido surgir diálogos sobre la problemática que cómo personas con deficiencia mental afectaba a los miembros de los grupos, pero en 1985 es el momento en el que por primera vez se constituye formalmente un grupo con esa finalidad.

Desde entonces ha venido funcionando el grupo. En un primer momento agrupando a unas diez o doce personas y con el paso de los años llegando a unas 24 que en ocasiones para funcionar se repartían en dos subgrupos. Al grupo han pertenecido siempre dos o tres monitores voluntarios, siendo el resto de los miembros personas con deficiencia mental, en su mayoría jóvenes. La periodicidad ha sido semanal y la duración de cada reunión de una hora.

Quizá para entender la experiencia del "grupo de charlas" (así es como lo llamamos) convenga situarse mínimamente en el proyecto global del servicio en el que se inserta. La pretensión es la de —partiendo de la utilización más genuina del tiempo

libre como tiempo de gozo, placer y diversión— posibilitar aprendizajes, fundamentalmente en lo relativo a la autonomía personal y la capacidad de relación social, siempre con la intención de conseguir mayores cotas de integración social.

Desde este planteamiento entendíamos que en el seno de un avance personal y colectivo hacia mayores cotas de autorregulación y comunicación aparece inexorablemente la necesidad de una reflexión colectiva sobre aquellos hechos fundamentales que nos afectan. Y en el caso de un servicio de tiempo libre que se define —hoy por hoy— como específico para personas con deficiencia mental la propia temática de la deficiencia mental está siempre presente de uno u otro modo.

Quede pues claro que la posibilidad de un grupo que explícitamente aborda el tema nace tras un proceso en el que se van dando pasos en la acción, la relación y la decisión. Para su presentación hemos dividido el proceso en una serie de fases arbitrariamente planteadas, pero que quizá puedan ayudar a entender:

1. Lo positivo y novedoso del hecho en sí

En un primer momento tanto para las personas con deficiencia mental como para los monitores el mero hecho de abordar la actividad de "tratar de temas" suponía algo novedoso y además positivo. Todos lo veíamos como una actividad más normalizada más acorde con la edad adulta, y como una actividad que suponía el uso de habilidades personales y grupales de cierta complejidad.

La chispa la enciende el encargo de que algún monitor y alguna persona con deficiencia acuda a un congreso a hablar sobre trabajo, familia y vida de las personas con deficiencia. Pensamos que es majo que se prepare por un grupo amplio y así nace el grupo.

Desde el primer momento hemos visto cómo uno de los motores que daba sentido a la vida del grupo es la voluntad de que cada vez más fueran personas con deficiencia mental las que hablaran en los diferentes foros desde los que se nos demandaba algún tipo de charla o intervención. Las personas con deficiencia mental han vivido en general como hecho muy

gratificante el ser reconocidos como capaces de acudir a congresos, radio, TV, etc.

La primera fase es pues —como casi en cualquier grupo— de ilusión y de tanteo, en el sentido de que hay gente que prueba y lo deja, y gente que permanece. Es el monitor quien recibe el encargo y quien convoca al grupo, proponiendo los temas y coordinando la reunión. Las personas participan pero aún no sintiéndose miembros de un grupo estable. Parece que resulta gratificante la posibilidad de hablar y de expresar las propias opiniones.

2. Necesidad de centrarse en lo significativo

Una vez cumplido el encargo del citado congreso, pensamos en que merecía la pena dar estabilidad al grupo, y en el curso 85-86 empezó como tal. Por parte de los monitores se pensó en prioritar temas para los que hubiese material audiovisual y se abordaron algunos como "Los medios de comunicación" o "Hambre en el mundo". Constatamos —sin embargo— que esos temas no interesaban, no enganchaban con la realidad de los miembros del grupo y resultaban difíciles de comprender.

Los monitores nos dimos cuenta de que habíamos obrado con nuestra lógica, pero que nos habíamos equivocado. Comprendimos que había que empezar por lo que fuera significativo para la gente, por cosas que tuvieran que ver con su propia vida. En esta línea el grupo propuso temas como los talleres, la familia, las leyes que nos afectan, el tiempo libre, etc., apuntando en cada uno de ellos preocupaciones concretas.

Se introdujo una metodología que consistía en los siguientes pasos: preparación del tema por el grupo —traer al club a alguien que nos hable del tema— conclusiones tras su intervención. De este modo el proceso de cada tema duraba un mes, y se hacía partícipe al resto de los socios de los clubs de la cuestión, ya que cuando venía la persona a dar la charla la sesión era abierta.

De este modo se fue regularizando el funcionamiento del grupo y los miembros nos fuimos viendo como tales. Hecho que venía reforzado por nuestra función cara al resto de los socios del club y cara al exterior, ya que se empezaron a vehicular a través del grupo de charlas las participa-

ciones en el exterior para presentar la problemática de las personas con deficiencia mental.

Descubrimos que no resulta costoso —en el ámbito del grupo— abordar temáticas como las apuntadas y que son tomadas con interés en la medida en que tienen que ver con la vida cotidiana de los participantes. Los monitores constatamos que se habla con sentido común en la mayoría de los casos y que el nivel de simplificación o uso de tópicos no es mayor que entre gente sin deficiencia mental.

3. La asunción de la gestión por los socios

En la medida en que el grupo va tratando diferentes temas se observa —y se potencia por parte de los monitores— un progreso en cuanto a la asunción por parte de todo el grupo de las tareas de programación, gestión y evaluación del funcionamiento. Este es un paso importante que consolida al grupo y que acrecienta la responsabilidad de sus miembros.

El grupo va captando las claves de su buen funcionamiento y va avanzando en cuanto a puntualidad, participación, respeto mutuo, etc. Esto hace que las funciones del monitor se diluyan con respecto a los citados aspectos.

4. El discurso prefabricado

Esto hace que los monitores concentremos más nuestra preocupación en el contenido de lo que se dice, una vez que ya se ha conseguido que el grupo formalmente funcione bien. De alguna forma pretendemos ser más ambiciosos e hincar el diente a cuestiones más globales y más profundas. Queremos entrar al meollo del problema: deficiencia mental, marginación, etc.

Es en este momento cuando incurrimos en un nuevo error que soto detectaremos más tarde. Visto desde ahora parece comprensible que después de un año en el que se han ido abordando aspectos de la vida cotidiana de los miembros del grupo se quiera profundizar en las causas de los fenómenos que nos hemos encontrado.

Pero de nuevo estábamos obrando con "nuestra" lógica y yendo a "nuestro" ritmo. Las reuniones salían y cada vez se

hablaba más abiertamente de temas tabú como deficiencia mental, sexualidad, etc. Era para nosotros gratificante pues lo leíamos como pasos en el proceso de asunción de sus limitaciones y elaboración de su problemática.

Sin embargo, los monitores comenzamos a detectar que una cosa era el discurso que las personas con deficiencia mental realizaban dentro del grupo y otro el que realizaban fuera. Por decirlo de una manera gráfica. Dentro del grupo resultaba rentable decir "yo soy deficiente mental", pero indudablemente ésa no era una buena tarjeta de presentación en otros ámbitos, en los cuales se afirmaba lo contrario.

Analizando el hecho los monitores constatamos que nuestra apuesta había sido errónea. Habíamos pretendido un doble proceso simultáneo: por una parte que se asumiera el hecho de la deficiencia, pero por otra que se comprendiera esa deficiencia de otra manera, pero para esa nueva comprensión o elaboración del hecho habíamos intentado inculcar un discurso prefabricado.

Sin ser muy conscientes de ello habíamos corrido mucho. Queríamos que asumieran que tenían un problema pero que lo "elaboraran correctamente" y nosotros les decíamos cuál era esa correcta elaboración. Con lo cual nos quedábamos a medio camino, ya que la gente "asumía" aparentemente el hecho de la deficiencia en las reuniones, pero evidentemente no asimilaba nuestro discurso prefabricado.

Cometimos evidentemente el error de los inocentes y el de los salvadores. Queríamos que personas que llevaban diez o quince años apañándose de una u otra manera con el hecho de ser considerados como deficientes mentales amanecieran de la noche a la mañana situando de otra manera las cosas, de la manera que nosotros queríamos además.

5. Partir de lo concreto, de lo vivido

Caímos pues en la cuenta de que había que prescindir de los grandes discursos que tan bien quedan cuando se trata de hablar cara a la galería pero que difícilmente pueden ser vividos como reales por personas cuyas condiciones objetivas y subjetivas de vida real son mucho más "cutres" que esos discursos.

Y sin embargo no dejábamos de ser conscientes de que era necesario que los monitores actuáramos de alguna manera, abriéramos pistas, facilitáramos el proceso del grupo. Adaptándonos a la realidad del grupo pero proponiendo elementos que le hicieran avanzar.

De nuevo había que volver a lo cotidiano, a lo vivido por la gente. Y nos dimos cuenta de que si pretendíamos no quedarnos en superficialidades e introducir facetas de crítica en aquello sobre lo que hablásemos, esto sólo era posible si hablábamos de lo que —de una u otra forma— se vivía en común.

Aparece pues como motivo para la reflexión la propia experiencia de los miembros del grupo en su vida cotidiana, y más en concreto en su tiempo libre. Las experiencias reales de asunción de responsabilidades, los fracasos en la relación con el exterior o tantas otras pequeñas cosas que se tornan objeto de análisis.

Esto hace que las personas del grupo puedan tomar conciencia de progresos concretos que han realizado (funciones que antes tenían los monitores y ahora tienen ellos, actividades progresivamente más complejas que han sido exitosas, etc.) y puedan comprender mejor dónde se sitúan sus dificultades (dificultades de expresión, de comportamiento, de aceptación por parte de determinadas personas), etc.

6. Topándonos con los topes de la experiencia

La solución sin embargo tampoco es mágica. A veces da la impresión de que las experiencias —desgraciadamente— no son tan cambiantes y la vida real no da para mucho. Aparece el fantasma de la repetición de los mismos temas. Se buscan nuevas metodologías. A veces parece que importa más el ir a la radio o a dar una charla y que la reflexión y el debate no motivan tanto.

¿Será que el proceso es necesariamente lento? ¿Será que la falta de avance en las condiciones reales de la vida bloquea la posibilidad de avance en la reflexión? ¿Se trata de un problema únicamente de método? ¿Necesitará el propio grupo pasar a la acción? ¿Cómo seguir avanzando?

No son preguntas retóricas sino preguntas reales del punto en el que se encuentra

la experiencia en este momento. La experiencia sigue, y como se ve preñada de un montón de dudas, pero también de un montón de ganas de seguir adelante.

Hay —en todo caso— unas cuantas cosas que se pueden afirmar sin temor a equivocarse mucho. Vayan pues, a continuación como reflexiones nacidas al hilo de la citada experiencia.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Esta fuera de duda el hecho de que la persona con deficiencia mental piensa y tiene conceptos sobre sí mismo y sobre la realidad circundante. Conceptos que se han ido construyendo a partir de la experiencia y enormemente condicionados por los conceptos que su entorno vierte sobre él.

El entorno opera pues en una doble vía. Por una parte restringiendo terriblemente el campo de experiencias posibles que la persona puede tener y por otra imponiendo un discurso interpretativo de dichas experiencias.

La persona con deficiencia pues tiene derecho —por un lado— a un mundo de experiencias tan rico o más que el de las personas sin deficiencia: esto quiere decir que se han de eliminar todas las barreras físicas, sociales, morales, etc., que limitan tan gravemente el acceso y la participación de las personas con deficiencia en experiencias humanas tan capitales como el trabajo productivo, la vida social y cultural, la sexualidad, etc.

Pero por otro lado la persona con deficiencia tiene derecho a su propio discurso sin que éste sea negado ni bombardeado constantemente con conceptos negativos y limitativos.

Si esto es así la persona con deficiencia no se verá obligada a dimitir del ejercicio de su conciencia crítica o a contruirse mundos mentales no reales pero sí más vivibles que el que se le ofrece.

Es obvio que las dificultades en el manejo de conceptos o en la adquisición de determinados aprendizajes condicionan el ejercicio de la reflexión, el diálogo y la toma de conciencia, pero no lo es menos que el concurso de factores agrupales, motivacionales, informativos de diferente tipo pue-

den generar un contexto enormemente favorable de estos procesos.

En todo caso la sociedad, sus miembros y sus instituciones no tienen derecho a poner límites preestablecidos a la capacidad de ninguna persona en ninguna de sus facetas, antes al contrario están obligadas a crear las condiciones para su desarrollo.

Esto supone para los profesionales del campo estar abiertos a poner en cuestión las categorías diagnósticas y asistenciales de las que se valen para operar. Si el deficiente mental es por definición quien no sabe pensar o piensa mal, y luego resulta que hemos de reconocer el derecho que tiene a su propia experiencia y a su propia palabra y que desde ellas es desde las que puede cambiar su situación, igual es que no nos vale la categoría clasificatoria: y entre desechar categorías y desechar personas parece preferible lo primero.

Hemos de cuestionarnos nuestro derecho a crear programas que quieren intervenir "sobre" los deficientes si no asumimos un reconocimiento radical de su condición de personas y de sus derechos como tales. Derechos —entre otros— a la propia experiencia subjetiva y a la reflexión sobre la misma. Derecho a ir asumiendo conscientemente la vida y a que la vida vaya siendo más asumible, derecho, a un horizonte ilimitado, a salirse de los conceptos en los que se me quiere encerrar.

Y recordando ahora las "pegas y peros" citados anteriormente diríamos también: derecho a sufrir, a ser manipulados y a equivocarse como todo el mundo. Porque si toda persona humana está expuesta a sufrir también habrá de estarlo la persona con deficiencia y flaco favor le haremos si la protegemos paternalistamente contra todo aquello que pueda causarle dolor. Y porque si todos estamos expuestos a ser manipulados y hemos de aprender a defendernos de la manipulación, lo mismo vale para la persona con deficiencia. Y porque si las personas sin deficiencia se pueden equivocar y crear castas —y de hecho eso hacen con los diferentes— no vale decir que ellos no puedan hacerlo.

Derecho —pues— a desear, a elegir, a arriesgarse. Derecho a intentar ser protagonista de la propia vida y de la lucha por la superación de las condiciones que hacen

que esa vida no encuentre más que obstáculos para desplegarse.

Y en este lento camino de reconocimiento de estos derechos no hemos de desaprovechar ninguna oportunidad de dar la "palabra a aquellos a los que se les ha negado siquiera la capacidad de concebirla. Y ello es lo que haremos para acabar este artículo.

EL GRUPO TOMA LA PALABRA

A continuación transcribiremos algunas de las frases dichas, y asumidas por el grupo como propias, en el transcurso de unas cuentas reuniones en las que estuvimos preparando un programa de radio sobre la problemática de las personas con deficiencia mental:

1. La gente de la calle

"Muchas veces cuando vamos por la calle la gente nos mira y se ríe de nosotros, sobre todo cuando hablamos en alto o vamos haciendo el tonto. Pero cuando vamos bien, la gente nos acepta, aunque también a veces nos tratan como niños y nos dan de lado".

2. La escuela

"El problema de la escuela es duro, porque: En las escuelas normales el problema está en que hay demasiados niños y los profesores no pueden dedicarnos todo el tiempo que necesitaríamos para llevar un ritmo normal. Lo positivo de estas escuelas es que estás con niños 'normales'. En las escuelas especiales, el profesor te dedica más tiempo pero lo malo es que nos separan de los demás niños".

"La integración ideal para nosotros sería que haya menos niños en cada clase de las escuelas normales para que así el profesor pudiera dedicarnos más tiempo para llevar un ritmo normal, y que en ellas también puedas aprender enseñanzas y oficios".

3. El trabajo

"En general es difícil encontrar trabajo para todos, ya que hay mucho paro. La mayoría de nosotros trabajamos en talleres protegidos. Las cosas positivas de estos

talleres protegidos es que estás distraído, te puedes relacionar con más gente, te ayuda a abrirte más a gente de fuera, aprendes cosas y los monitores te ayudan. Las cosas negativas son que pagan poco sueldo, que nos dan poca información sobre el comité de empresa (pero muchas veces somos nosotros quienes no la pedimos), algunas veces hay favoritismos por parte de los monitores para dar permisos, etc. Pensamos que el Estado debería preocuparse más de nuestra situación de trabajo".

4. La familia

"A veces es difícil comunicarnos con nuestros padres, y por esto cuesta llegar a una situación buena, de comprensión. A veces nos tratan de distinta forma que a nuestros hermanos, están más pendientes de nosotros, tenemos diferente horario, nos dejan hacer menos cosas, etc. Nuestros padres también nos apoyan y nos dan ánimos para encontrar trabajo, salir por ahí, etc., aunque a veces les da miedo. En general, los padres sólo quieren lo mejor para nosotros".

5. Tiempo libre

"El tiempo libre nuestro es diferente al de la gente 'normal'. La mayoría de nosotros pasamos nuestro tiempo libre en el club, porque nos cuesta relacionarnos con la gente de fuera, hacer amigos y salir en cuadrilla. Los clubes nos ayudan a relacionarnos con más gente y hacer amigos, pero no es suficiente. Nos parece que no tendría que haber una separación entre el deficiente y el no deficiente, sino hacer actividades juntos, relacionarnos todos, etc.*.

6. Matrimonio

"Pensamos que en un futuro podremos casarnos con personas 'normales'. Para casarnos necesitaríamos una ayuda, de nuestra familia, asociaciones, etc. para aprender a llevar una familia, una casa, una ayuda económica, educación sexual, etc. Ahora es una minoría la que se casa, y en un futuro habrá más deficientes casados. Hay padres que tienen miedo de que sus hijas salgan con chicos y por eso algunas veces es difícil encontrar pareja. Muy pocos padres dejan que nos casemos o que vivamos juntos, porque tienen miedo, pero a veces también nos ayudan".

7. Futuro

"En general nuestro sueldo crece despacio en comparación con cómo sube la vida. Por esto es difícil independizarnos. Pensamos que en el futuro habrá más aceptación del deficiente, se nos apartará menos. Nuestro futuro depende de nosotros mismos. Podremos ayudar a los deficientes que vienen detrás nuestro".

8. Integración

"¿Qué es la integración para nosotros? Adaptarse a la sociedad. Aunque cueste trabajo, que la gente nos admita en todas partes y en todos los aspectos de la vida. La aceptación y la integración tienen que ir unidas, tiene que haber un esfuerzo por las dos partes. Que se nos oiga más, salir en medios de comunicación, etc. Todo esto se conseguirá poco a poco".

9. ¿Estos problemas nos ocurren sólo a nosotros o también a otra gente?

No, hay más gente que también tiene este problema: disminuidos físicos, parados, etc.

BIBLIOGRAFÍA

- FANTOVA, Fernando:** *Claves para un proyecto de intervención con personas con deficiencia mental en el tiempo libre.* En "Zerbitzuan n.º 8", Agosto, 1989, págs. 17-28.
- FIERRO, Alfredo:** *La personalidad del subnormal.* Ediciones Universidad de Salamanca, 1981, 55 págs.
- FREIRÉ, Paulo y otros:** *Educación liberadora.* Madrid, Zero, 1973.
- MARTI, Miquel:** *El maestro de Barbiana.* Barcelona. Nova Terra, 1977, 141 págs.
- OCDE/Centro para Investigación e Innovación Educativa:** *La disminución y la condición de adultos.* En "Siglo Cero n.º 120", Noviembre-Diciembre, 1988.
- RUEDA, José María:** *Atención a la infancia dentro de los servicios sociales: modelos técnicos.* "Menores, año IV, n.º 3, cuarta época", Mayo-Junio, 1987.
- SHEARER, Ann:** *Mirando hacia el futuro.* ILSMH, 1986, 48 págs.
- SIGLO CERO n.º 86:** *Procesos cognitivos y retraso mental.* Marzo-Abril, 1983.
- SIGLO CERO n.º 122:** *Entrenamiento de estrategias cognitivas.* Marzo-Abril, 1 989.
- THE CAMPAIGN FOR MENTALLY HANDICAPPED PEOPLE:** *Key concepts in community-based services.* Londres, 1984, 33 págs.
- VYGOTSKY, L. S.:** *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores.* Madrid, Crítica, 1979, 226 págs.
- WATZLAWICK, Paul y otros:** *La realidad inventada.* Buenos Aires, Gedisa, 1988, 278 págs.

Fernando Fantova Azkoaga